

Historiar la música con lexicones

Pablo Espinosa

La aparición en México de una versión local del máximo referente sobre el tema: el *Oxford Companion to Music* permite incidir en nuevos aspectos del tema desarrollado en la entrega anterior, formulado en la interrogante ¿qué es historiar la música?

Este lexicon flemático se alza nuevamente como el mejor en un solo tomo, camino que elige para reafirmar tal supremacía en sentido diverso del *non plus ultra*: el *New Grove Dictionary of Music and Musicians*, referente insuperable en veintinueve tomos, con nuevas adiciones: cuatro nuevos volúmenes para la ópera y otros dos para el jazz.

La competencia única está en Alemania, con el fabuloso *Musik in Geschichte und Gegenwart*, en diez volúmenes, más otros diecisiete dedicados a sustanciosas biografías de músicos, todo en alemán por supuesto.

Mientras la tarea de titánica traducción del alemán al español está pendiente, un equipo de especialistas trajo a México el *Oxford Companion to Music*: Juan Arturo Brennan, Yael Bitrán, Federico Bañuelos y el coordinador y artífice Alejandro Pérez-Sáez.

El *Oxford Companion to Music* nació en 1938 gracias a Percy A. Scholes, a cuya muerte, veinte años después, John Owen Ward realizó la primera revisión y nueva edición.

Para 1983, el campo de la musicología hacía tarea imposible que una sola persona revisara o editara un diccionario, ante eso Denis Arnold reunió a un grupo de especialistas y sacó a la luz *The New Oxford Companion*, ya en dos volúmenes y con bastantes ilustraciones.

La musicóloga Alison Latham aporta el gran avance para el grueso volumen que aho-

ra tenemos en nuestras manos. En primer lugar vuelve al formato de un tomo único, sin renunciar al contenido, por el contrario, añade materiales y sólo sacrifica las ilustraciones, fotografías y otras imágenes.

La gran aportación de Alison Latham consiste en ubicarse en el siglo XXI con todo lo que eso implica, fundamentalmente en el cambio de mentalidad que caracteriza a nuestro tiempo.

Ella misma reconoce la difuminación de las distinciones convencionales: ya la frontera entre “música de arte” y “música popular” se están borrando, ya es una delgada línea roja lo que separa lo que eran compartimentos estancos donde lo popular se confunde ahora con lo elitista, lo secular con lo sacro, y surgen nuevas denominaciones, aún por asentarse y por vía de mientras reconocidas como “música del mundo”, “músicas alternativas” y especialmente el resurgimiento del uso de la tecnología.

El tema del arte de la música es un ente amplio, complejo y cambiante, vertiginosa su manera de cambiar.

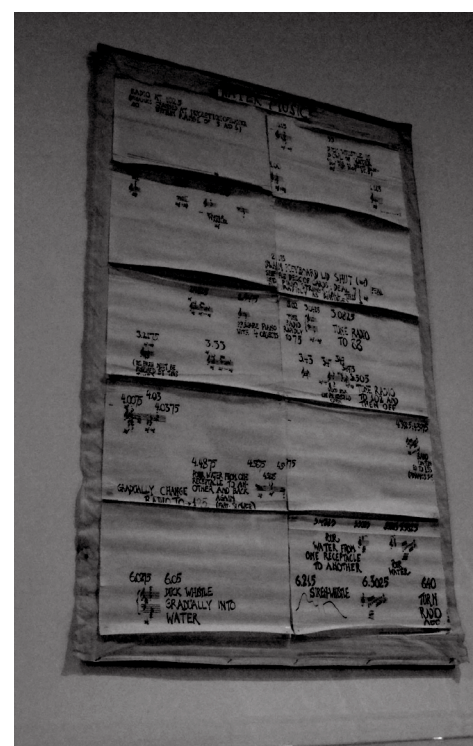
El meollo para la reflexión: sus enfoques de estudio y de escritura también difieren notablemente.

Es precisamente a partir del reconocimiento de estos vectores de cambio que Alison Latham edifica su lexicon. Asienta:

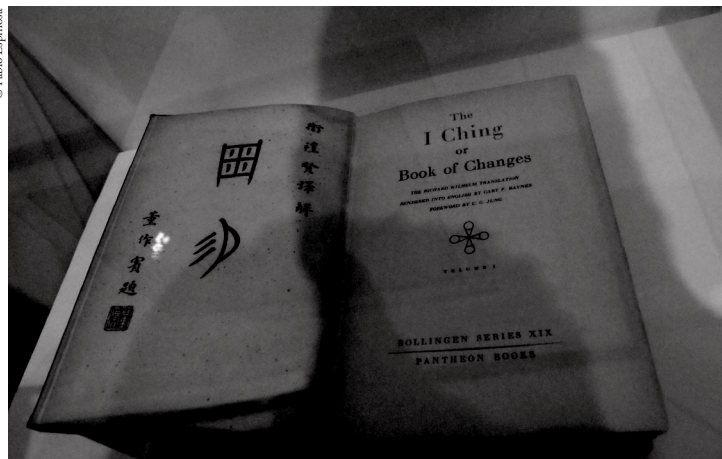
Lo que podría llamarse un punto de vista darwiniano de la historia de la música, formas musicales simples que evolucionan gradualmente hacia un punto culminante (que por lo general se considera manifiesto en Alemania ya sea a finales del siglo XVIII o finales del siglo XIX), ha sido cuestionado sistemáticamente conforme los historiadores se interesan cada vez más en abordar la

música desde su contexto histórico, social y cultural. Se han incorporado conceptos y técnicas de otras disciplinas, desde la antropología, la crítica literaria, la iconografía, la lingüística, etcétera. Las formas de diseminación y recepción de la música proporcionan nuevos temas de reflexión, como también lo hace el estudio de las prácticas interpretativas del pasado.

He ahí la piedra de toque del nuevo *Oxford Companion to Music*, que en español se llama ahora *Diccionario Enciclopédico de la Música* y que es editado por el Fondo de Cultura Económica, en un tiraje inicial de dos mil ejemplares y su proyección exportable a España y al resto de América Latina, lo cual constituye a su vez otro elemento de encomio, pues tradicionalmente las traducciones nos llegan de fuentes españolas y de otros países.



Una de las partituras de John Cage, elaborada a partir del *I Ching*, mostrada en la exposición dedicada al autor en Noruega



El libro de los cambios, con un prólogo de Carl Gustav Jung, propiedad de John Cage en la exposición dedicada a este autor que se muestra actualmente en Noruega



John Cage juega al ajedrez en un dispositivo musical de su invención, fotografía mostrada en la exposición dedicada a este autor en Noruega

Digna manera además del Fondo de Cultura Económica de iniciar las celebraciones por sus setenta años.

Las nuevas maneras de reflexión que aporta esta valiosa herramienta para el tema “historiar la música” incluyen puntos de interés y fascinación. En primer lugar, que el ejercicio de documentar el transcurso de la historia de la música implica un alto contenido de subjetividad, que puede resultar un tanto obvio pero que en su propio valor encierra el impulso, motor de avance, que abre a su vez nuevas maneras de estudio de un ente vivo.

Otro elemento nodal, que se desprende además de la subjetividad implícita en el acercamiento de las distintas formas de recoger y escribir la historia, es su carácter polémico.

El disentir, poner en duda, cuestionar, lleva a notables maneras de aportar nuevos materiales de estudio, a enriquecer este proceso de evolución “darwiniana”, para seguir la propuesta de Alison Latham, de la música.

También de manera consecuente, el método de ensayo y error constituye un método inevitable, inercial y por supuesto involuntario. No en balde la razón que impele a quienes elaboran los diccionarios más prestigiados en el orbe se ven urgidos de emprender nuevas ediciones lo más pronto posible, no solamente para poner al día un arte cambiante, sino para enmendar el notable número de errores en que incurrían en cada edición consecutiva.

Elemento *sine qua non* del fabuloso mundo de los lexicones: la fascinación. Todo aquel que se acerca a un diccionario de cualquier índole y bajo cualquier motivación, emprende un viaje mágico y miste-

rioso. No solamente obtiene la información que solicita sino que aprende mucho más, vive más.

El equivalente más cercano para describir este deleite es el sentido del viaje, donde lo importante no es el punto de llegada sino lo que existe, late, esplende entre el punto de arranque y el destino. El movimiento, la sensación de aventura, la puesta en vigilia del misterio del soñar, eso es lo fascinante y lo que establece la diferencia, que asentaron, entre otros autores, Paul Bowles y Claudio Magris, entre el viajero y el turista.

Veamos un pequeño ejemplo, una flor en botón, en el flamante diccionario que disfrutamos: si visitamos la página número 1400 de este lexicón de 1685 páginas, hallamos el deleite que proporciona la entrada “silbido”:

Dícese de la producción de sonidos agudos al proyectar el aire a través de los labios. La altura es alterada a través de variaciones en la presión de los carrillos y los labios. Hay ciertas técnicas avanzadas a disposición del silbador moderno incluyendo armónicos sopladados con los labios muy tensos, trinos de lengua y multifónicos. El *Mefistofele* de Boito incluye silbidos en la partitura.

“Silbadores notables han incluido a la estadounidense Alice Shaw, conocida como ‘*La Belle Siffleuse*’. El *Musical Courier* de Nueva York reportó en 1931 que ‘en su repertorio no cabían el *jazz* ni las canciones corrientes y sus presentaciones eran igualmente sensacionales en los salones de reyes, zares, emperadores y maharajás”.

“El silbador ciego Fred Lowery se presentó con célebres figuras del espectáculo

entre 1930 y 1955 y grabó numerosos discos para los sellos Columbia, Decca y MGM. Los trinos de lengua del cantante irlandés Roger Whittaker continúan deleitando a públicos en todo el mundo. La International Association of Whistlers es sede del World Championship of Musical Whistling”.

Como no hay felicidad completa, no se incluye en este diccionario una entrada tan sabrosa como “toses en los conciertos”, que resultaría delicioso en cuanto se trata de una práctica común en las salas de concierto de todo el mundo, donde mucha gente tose por simple afectación *snob*, sin que estén enfermos y simplemente como siguiendo una falsa regla de etiqueta que atendiera al mito o falsa leyenda de que en las orgías romanas eructaban en señal de beneplácito ante los platillos succulentos, así aquí fingían una falsa concentración o “degustación”.

Sí se incluye, en cambio, una divertidísima “entrada” llamada “aplausos”, que recorre de alguna manera la historia de esa costumbre en los conciertos. La de las toses en tanto sería una “entrada” muy divertida e ilustrativa que pudiera redactar el mismísimo lector en este instante. Baste mencionar un par de ejemplos de escritores que se han ocupado de tan aberrante muestra de distinción: el maestro Luis Ignacio Helguera escribió un libro titulado *Por qué la gente tose en los conciertos* y el autor inglés Julian Barnes un relato delicioso en su libro *Limón*, donde un melómano pone en su sitio a uno de esos impertinentes que no sólo tosen sino hacen crepitar envolturas de caramelos en los momentos más delicados del concierto, en otro ritual de impostura que según quie-



John Cage interpreta una de sus obras en uno de sus pianos "preparados", en una fotografía que forma parte de la exposición dedicada al compositor en Noruega



Uno de los pianos "preparados" de John Cage intervenido con tornillos, tuercas, gomas y otros dispositivos mostrado en la exposición dedicada al autor en Noruega

nes lo practican denota elegancia a la hora de mojar amígdalas para "degustar" mejor los manjares sinfónicos. Pasu.

Los matices de polémica en torno a la exactitud de ciertas "entradas" puede degustarse por lo pronto en un ejemplo contenido en este *Oxford Companion to Music*, al mismo tiempo que demuestra su claro y comprensible eurocentrismo: Al ocuparse de John Cage, en la página 256, este flemático lexicón refiere el creciente interés del compositor, a finales de la década de 1940, en las filosofías asiáticas, "interés que lo llevó al estudio del Zen y de ahí al arte de la no intención, un ideal que realizó al arrojar monedas para tomar decisiones sobre alturas, duraciones y ataques (*Music of Changes* para piano, 1951, que propició una duradera relación con el pianista David Tudor)".

El matiz parece nimio pero para el lector desprevenido puede resultar un desatino. Por ejemplo, puede llevar a pensar que John Cage jugaba a los "volados" para componer música, cosa que no le hubiera disgustado, dada su personalidad tan libre, abierta y lúdica. Pero de lo que se trata es de algo más profundo: las monedas que arrojaba eran las del *I Ching*, el legendario *Libro de los cambios* que recibió como regalo muy preciado de uno de sus alumnos y que lo condujo, efectivamente, a profundizaciones filosóficas más allá del mero hecho de "arrojar monedas".

De la misma manera resulta un tanto limitada la aseveración del "interés que lo llevó al estudio del Zen", porque Cage fue mucho más allá: su música de la no intención y sus fabulosos estudios sobre el silencio, decantados en la partitura 4' 33", tie-

nen que ver con sus estudios y práctica de la meditación budista y los principios de indeterminación, vacuidad, desapego y todas las nobles verdades de la existencia, que explican los alcances ilimitados del arte de John Cage. Su iluminación que irradia a los escuchas.

Sin embargo, tales matices pertenecen al territorio de la subjetividad, la relatividad y los contextos. Quien se acerca a estas informaciones obtiene una cabalidad suficiente para un primer acercamiento, que contrasta en cambio con muchos de los apartados donde este lexicón logra éxitos rotundos como su estudio de la música del siglo XX e inclusive del siglo que vivimos.

Analiza con detalle pertinente los distintos fenómenos y condiciones que caracterizan nuestra época, inclusive atiende aspectos siempre ilustrativos de la historia social de la música (p. 1399): la expansión de la educación universitaria, la globalización, la marginación de las disqueras, dado que la industria de la grabación fonográfica se extendió, en aras del mercado, hacia "lo popular", y proporciona una mirada completa hacia la participación, desempeño e influencia de los medios masivos de la diseminación de la música en la propia creación artística.

Se ocupa de apartados insospechados como "la música del mundo", es decir de la música milenaria hoy en proceso de fusión y maridaje con nuevas expresiones sonoras. Aún con su visión eurocentrista, que lo lleva a ubicar el nacimiento del *rock* más tarde de la fecha real porque toma en cuenta el *rock* británico más que el estadounidense, atiende fenómenos globales parecidos como el *jazz*, aunque también ahí

desatienda aspectos insoslayables como la creación improvisatoria nórdica o creadores definitivos en la evolución y transformación de ese género como Cecyl Taylor y Keith Jarrett.

También es digno de mencionar un tratamiento novedoso, de avanzada, en cuanto a las biografías de músicos, en un cambio de tono saludable que abandona la mirada romántica y se vuelve riguroso, objetivo e inclusive crítico. El ejemplo más notable de este rubro es la "entrada" Mozart: "uno de los compositores clásicos más 'gustados' y su vida ha estado sujeta a infinidad de distorsiones y mitos".

Tanto las comillas en "gustados" como el borrón y cuenta nueva en cuanto a "distorsiones y mitos" abonan el terreno para mejores aproximaciones, maneras más fidedignas, competentes y benéficas de historiar la música.

Es también una manera óptima para el público en general, no solamente para los músicos y los melómanos, de obtener información eficaz para el mejor disfrute de la música.

La visita a los lexicones es tan absorbente, fascinante y apetecible que suele ilustrarse con un chistorete, el de Quico Guanabacoa que se encerraba días enteros en la biblioteca para devorar uno a uno los tomos de la *Enciclopedia Británica* y convertirse en todo un sabelotodo, mientras su mujer, en tal abandono, lo engañaba, hasta que un día Quico Guanabacoa llegó más temprano que de costumbre a casa, irrumpió en la alcoba y sorprendió a la infiel al grito sonoro de "¡lo sé todo!, ¡acabo de terminar la letra z de la *Enciclopedia Británica!*". **U**